

Editorial

Comienza un año trascendental para la escuela española. En él van a producirse acontecimientos que marcarán con su sello la evolución de los próximos tiempos.

Dos leyes importantísimas, el «Estatuto de Centros Docentes no Universitarios» y la Ley de Financiación de la Enseñanza, se discutirán próximamente en el Parlamento; de ellas dependen cosas tan clave como la existencia futura de gran parte de la enseñanza privada y la organización de todo el sistema educativo hasta el momento de entrada de los alumnos en la Universidad.

Al mismo tiempo comienzan a entrar en funcionamiento las autonomías de amplias zonas del Estado y prosigue el lento proceso que llevará también a otras regiones a esa autonomía. La importancia que para la escuela y la educación tendrá la nueva situación es todavía difícilmente previsible, pero, de cualquier manera, muy importante.

Mil novecientos ochenta será, pues, un año de cambio, de difíciles gestiones y también de perspectivas halagüeñas... Un año en el que, de ningún modo, podrá seguir fallando del escenario de la educación uno de sus protagonistas esenciales: los padres de familia.

Ya se están terminando los tiempos en que podíamos entregar nuestros hijos a un centro educativo y esperar tranquilamente a que las cosas les fueran lo mejor posible. La educación es un problema de todos: de los alumnos, de los padres, de los profesores, de los políticos y de la sociedad en general. En adelante los padres deberemos ocupar un lugar que nos permita la participación activa y real en la gestión de la escuela, y, también, una voz que se haga oír en los grandes debates a nivel nacional sobre el tema de la educación.

Para ello será necesario que las organizaciones de asociaciones de padres sean efectivas de verdad; que se multiplique la información y la comunicación; que se creen movimientos de opinión, sustentados por órganos de expresión claros y sinceros. Tenemos que romper con una tradición de despreocupación y desinformación sobre estos temas. Hemos de lograr que los padres se preparen para asumir las tareas que les competen y superar la crisis de desinterés y distanciamiento que la familia española ha mantenido respecto de la escuela. Este año ha de ser un año en el que todos tengamos que sentirnos afectados por los problemas de la educación y hemos de luchar por una información desapasionada y una participación real.
